

Alexandra Moledo

A CORUÑA

Bosques con sello de calidad para hacer más competitivo el sector forestal gallego en el exterior. Bajo esta premisa, Galicia, que tiene la mayor superficie de bosque certificada en gestión forestal sostenible —130.000 hectáreas—, participa en un proyecto pionero para otorgar sellos de calidad en grupo a pequeños propietarios madereros que tengan plantaciones que respeten el medio ambiente.

“Galicia es el motor forestal de España con más del 50% de las tallas y es absurdo desaprovechar esta riqueza”. Ese es el argumento de la directora del Grupo Gallego de Certificación Forestal y Cadena de Custodia, Ana Oróns, para justificar la necesidad de la certificación de la madera autóctona, un método que califica como una “herramienta de futuro” para aumentar la competitividad en los mercados internacionales y como alternativa a la crisis. Y es que la madera certificada como FSC (siglas en inglés del Consejo de Administración Forestal), y en consecuencia todos sus derivados —pasta, papel, muebles, embalajes...— pueden llegar a venderse hasta un 20% más cara que la que no tiene sello de calidad.

Con el objetivo de impulsar las certificaciones de montes sostenibles en Galicia, el Grupo Gallego de Certificación Forestal y Cadena de Custodia participa con otras cuatro entidades gallegas —una de A Coruña, otra de Pontevedra y dos de Lugo— en el proyecto *La certificación FSC como motor de desarrollo rural* puesto en marcha por el Consejo de Administración Forestal mediante el que se otorgan sellos de calidad en grupo a los pequeños propietarios a lograr el reconocimiento de que en sus terrenos se realiza una gestión forestal responsable con el medio. De hecho, el Ministerio de Agricultura y el Fondo Europeo Agrícola de Desarrollo Rural (Feader) aportaron más de 14 millones que se repartirán a lo largo de cuatro años para cofinanciar esta iniciativa.

Para conseguir un certificado FSC, los particulares o empresas propietarias de los montes deben solicitar al organismo internacional una auditoría, que puede costar miles de euros en función del tamaño de la parcela. La auditoría la realiza una consultora independiente cuyos técnicos visitan las

La comunidad gallega tiene la mayor superficie con marca FSC de toda España con 130.000 hectáreas

El sector forestal aboga por la certificación para impulsar las ventas en el exterior

Galicia participa en un proyecto a nivel nacional para otorgar sellos de calidad en grupo a los pequeños propietarios madereros que realicen una gestión responsable con el medio ambiente



Dos operarios en una tala de árboles en un monte gallego. / IÑAKI ABELLA

Datos

Minifundismo

Unos 670.000 gallegos tienen parcelas forestales con una media de 1,8 hectáreas repartidas entre siete u ocho terrenos

Evolución

La superficie forestal certificada en la comunidad gallega se redujo un 20% entre 2006 y 2009 al pasar de 115.000 a 90.000 hectáreas

Certificación

Galicia es líder en España en certificación de madera con un 8% de suelo forestal con sello FSC pero lejos del 70% de países como Finlandia

plantaciones, se reúnen con sus responsables y con las organizaciones sociales interesadas en presentar alegaciones, como ONG o colectivos ecologistas, para estudiar si la parcela cumple o no con las exigencias del sello FSC. En teoría, los montes certificados como FSC deben tener varios usos (no sólo madera, por ejemplo, sino también castañas, setas o pastos), respetar la biodiversidad (en cada plantación debe haber al menos dos especies diferentes), contar con un plan de gestión forestal y evitar la erosión y el desgaste del terreno (los agu-

jeros en favor de la pendiente están prohibidos), entre otros requisitos. Una vez conseguido el sello, los auditores repiten el proceso cada año, tanto en la plantación como en las imprentas, papelerías, mulerías o aserraderos que venden o distribuyen los productos fabricados en uno de estos montes.

Montes sostenibles

Desde su creación en 2003, la entidad dirigida por Ana Aróns tiene la mayor superficie forestal certificada de toda España con más de 16.000 hectáreas. Para continuar

en esa línea, Oróns destaca la importancia de concienciar a los propietarios de que se integren en su plan de gestión conjunto. El carácter diferenciador de este método es que garantiza la sostenibilidad de la madera y sus derivados en las parcelas pequeñas y no solo en grandes superficies como ocurre con la mayoría de los sistemas de certificación.

Con este proyecto, el grupo gallego pretende atender a los pequeños propietarios en una comunidad en la que precisamente la estructura de la tierra se caracteriza

por el minifundismo. Según los datos de la organización, de los más de dos millones de habitantes, unos 670.000 tienen parcelas forestales. Además, el 97% de la superficie forestal gallega es propiedad privada. La extensión media de las tierras certificadas con el sello FSC por la entidad es de unas 1,8 hectáreas por cada dueño que a su vez se reparten entre siete u ocho parcelas.

Antes de los sellos FSC la garantía de que los recursos madereros eran sostenibles se establecía mediante el sistema PEFC. Entre 2006 y 2009 el volumen de hectáreas que contaban con esta última distinción se redujo en un 20% al pasar de 115.000 a 90.000 hectáreas. Por eso, ante la pérdida progresiva cada año de terreno forestal etiquetado con la marca que acredita las buenas prácticas del usuario en el aprovechamiento del monte, el Grupo Gallego de Certificación Forestal decidió constituirse también como Cadena de Custodia y ser pionero en extender la gestión ambiental responsable de las especies arbóreas a los terrenos de pequeña y mediana extensión. El sistema consiste en analizar las características que comparten las tierras de una misma comarca, lo que permite la aplicación de un determinado modelo silvícola para cada especie. Desde la implantación de este proyecto se ha conseguido aumentar la superficie con marca FSC hasta las 130.000 hectáreas superando a los valores registrados en 2006.

En términos relativos, Galicia es líder en España en este tema, pero aún así solo representa un 8% del suelo forestal frente a otros países con los que compite en el mercado internacional como Finlandia con un 70% de árboles certificados. Por eso, Oróns insiste en seguir concienciando a los propietarios en una actividad que si bien no es obligatoria “cada vez es más demandada por los compradores de madera”.

Resueltos a acabar con el mito del gordo feliz, dos investigadores de la Universidad de Santiago han asumido la tarea de vincular la obesidad con el cáncer y, lo que acaso sea más notable, indagar en el origen común de esas dos afecciones. Contra la vieja creencia de que lo que no mata, engorda, las pesquisas de los jóvenes doctores Rubén Nogueiras y Miguel López apuntan a la posibilidad de que un mismo gen —el P53— pueda combatir imparcialmente los tumores y el exceso de michelines.

De llegar a buen puerto el estudio en el que se han embarcado, los científicos desmentirían la vieja creencia popular que equiparaba la gordura con la hermosura, según el modelo establecido por Rubens en su retrato de Las Tres Gracias. La línea de investigación abierta en Compostela convalida más bien los actuales cánones estéticos que estimulan la delgadez; pero el propósito va más allá de esa anécdota.

Sabido era ya que la gente oronda tiene muchos más números que la flaca para obtener un premio en el sorteo de ciertas dolencias. Lo que los investigadores tratan de averiguar ahora es el papel que el P53, un

gen bueno con nombre de espía, pueda desempeñar como protección frente a la grasa, el cáncer y hasta el envejecimiento. Esa secuencia particular del ADN podría ser la piedra de Roseta que ayude a descifrar el jeroglífico de la enfermedad más temida y, a la vez, las causas últimas de la gordura. La hipótesis con la que trabajan los científicos en Santiago no puede ser más confortadora para quienes —muy a su pesar— van sobrados de peso. La culpa que generalmente acucia a los obesos no respondería tanto a su glotonería como al resultado de una compleja interacción entre genes y circunstancias ambientales. Su propensión a la gula sería más bien la consecuencia de una especie de intoxicación por lípidos en el cerebro, lo que acaso contribuya a quitarles la sensación de pecado cada vez que se sientan a la mesa. Y no solo eso. Si la investigación obtuviese el resultado que se espera, abriría la puerta a la producción de medicamentos útiles para atacar la obesidad, más allá del habitual recurso al gimnasio.

Genes contra la gordura

CRÓNICAS GALANTES

ÁNXEL VENCE



No se agotan ahí, sin embargo, las bondades del gen P53, que además de controlar el metabolismo ejerce funciones protectoras frente al cáncer, la diabetes, las enfermedades neurodegenerativas y el envejecimiento. La relación entre tumores y vejez había sido estudiada ya por el investigador Marcos Serrano, quien llegó a la conclusión de que bastaba alterar ciertos genes —como el tan mentado P53— para que las cobayas utilizadas en el experimento viviesen más tiempo y sin padecer cáncer. Cambiaría de este modo la pauta generalmente admitida hasta ahora por la que se vincula la senectud con esa dolencia, de tal modo que la obesidad, los carcinomas y el propio enve-

jecimiento formarían más bien parte de un mismo síndrome.

De confirmarse las premisas de la investigación que en distintos campos llevan a cabo estos equipos de científicos, el gen P53 actuaría como una especie de ángel de la guarda del organismo capaz de paliar —mediante las alteraciones oportunas— el daño que sufren las células. La consiguiente prolongación de la vida iría unida al declive de las enfermedades que tradicionalmente se asocian a la mucha edad; y por si todo ello fuera poco, los seres humanos llegaríamos a la jubilación con una figura de lo más esbelta. Tan prometedoras expectativas se formulan, como es natural, al largo plazo exigido por los protocolos de la investigación; pero aun así no dejan de acercarnos un poco al mito de la fuente de la eterna juventud y al sueño de la delgadez universal. Logros que aún parecerán más notables si se tiene en cuenta que los salarios de los investigadores están lejos de ser gruesos y sus contratos llevan fecha de caducidad a cuatro o cinco años vista. Si además les recortan el presupuesto, el verdadero milagro es que aún sigan investigando.

anxel@arrakis.es